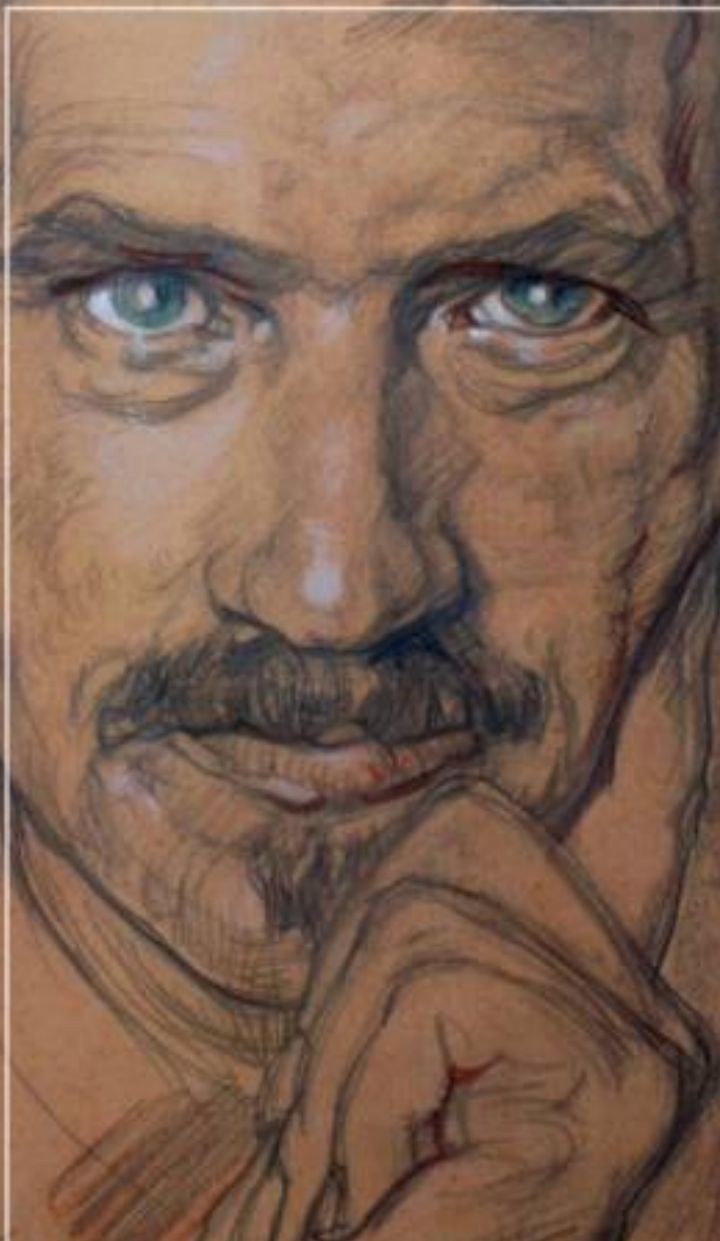


ALFAGUARA



Javier Marías

Tiempos ridículos



ALFAGUARA



Javier Marías

Tiempos ridículos

www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Nota del editor](#)

[Isabel monta a Fernando](#)

[El Compasivo y las italianas](#)

[La plaga de la impunidad](#)

[Dos postdatas](#)

[Un tarareo de despedida](#)

[Estaré con el mundo hasta que éste muera](#)

[Época de soplones y policías](#)

[Empalago y sospecha](#)

[Perjuicios de la vida transparente](#)

[Un gran dúo cómico](#)

[Inmovilizados de pavor](#)

[Un sondeo personal](#)

[Una minoría caballerosa y conforme](#)

[Un chamán de feria](#)

[Esas opiniones tan raudas](#)

[Bulla, bulla](#)

[Rechistar](#)

[La historia doblemente increíble](#)

[Recuerden que no somos máquinas](#)

[Cortar el revesino](#)

[¿Por qué quieren ser políticos?](#)

[Olympia Carrera de Luxe](#)

[Las cegueras voluntarias](#)

[Tacañería y tosquedad y pereza](#)

[Quién será el enemigo](#)

[Excomuniones de quita y pon](#)

[Hasta que se agoten las lágrimas](#)

[Iconoclastas a hurtadillas](#)

[El fin de un idilio](#)

[Noventa y nueve patadas y media](#)

[El lento y rápido viaje de los abrigos](#)

La perversión de viejos
Ojo, no tenemos otras
¿Qué me están comprando?
En el infierno nos veríamos
En busca de la infelicidad permanente
Un pequeño esfuerzo de imaginación
Aspavientos de virtud
Apesadumbrados alivios
Adolescentes como bisabuelos
Un borde bastante ancho
¿Gente tenebrosa, esquinada?
Superculpable
El horror narrativo
Quién quiere reputación
La esfinge asiria
El señor Martí i el seu pare
De cómo M y F me han quitado del fútbol
Conque congresos, ¿eh?
Escuela de inmisericordes
Bailando encima de las mesas
Anónimos y pseudónimos
En el lodazal
Pobre perdona a rico
Quizá no tan pasada de moda
Cosas que nos sobresaltarán
Lo que le falta al genio
Cuando una ciudad se pierde
¿Quién demonios sacará un euro?
Lo que ya no se tendría que escribir
Tiempos ridículos
¿A qué tanta ansia?
La dificultad de ser intachable
Cuidado con el tiempo pueril
Así que cada viernes peor
Esa miseria
¿Para qué servimos?
Alegremente maniatados
Historia de M

[Maravillas de la crisis](#)
[Hojeando el periódico](#)
[Desmemoria y aire](#)
[¿Hay de qué extrañarse?](#)
[Las crueldades pequeñas](#)
[Un héroe de 1957](#)
[Adiós a una esperanza](#)
[Con los pies](#)
[«Hay que»](#)
[El conveniente regreso de Mr Jingle](#)
[La imaginación, recortada](#)
[Suicidas en los balcones](#)
[Así nos dure veinte años](#)
[Racionalizar a las autoridades](#)
[¿Nadie piensa?](#)
[Quien tuvo retiene](#)
[Tanto compartir...](#)
[Cuando sólo se sabe agravar](#)
[El fin de todo secreto](#)
[No me creo que seáis unos cielos](#)
[Llamada a la delincuencia](#)
[Los que mandan](#)
[El señor Benet regresa un rato](#)
[Mi anciano ídolo](#)
[Más idiotas de lo que parecen](#)
[Contra el contagio universal](#)
[Piel de rinoceronte o desdén](#)
[Sobre el autor](#)
[Créditos](#)

Nota del editor

Este libro recoge los artículos publicados por Javier Marías en el suplemento dominical *El País Semanal* entre el 13 de febrero de 2011 y el 3 de febrero de 2013; en suma, un total de noventa y seis piezas que corresponden a dos años de labor columnística.

Como ya es costumbre con las recopilaciones de sus textos periodísticos, Marías ha elegido como título para este volumen el de uno de los artículos que lo componen, «Tiempos ridículos», una reflexión sagaz a raíz del ya famoso viaje del Rey a Botsuana, que sin embargo trasciende la anécdota y le sirve al autor para plantearse las razones de los males que acechan a las personas en esta época nuestra tan enloquecida y angustiada y el contagio generalizado de dichos males, con la consiguiente merma de sensatez a la hora de abordar las cuestiones que nos atañen como ciudadanos.

La colección que el lector tiene en sus manos presenta, por así decir, dos peculiaridades de índole muy diferente: si por un lado celebra un aniversario, pues con el artículo que la cierra, «Piel de rinoceronte o desdén», Javier Marías cumple diez años de colaboración semanal en *EPS* —años a los que, como él mismo recuerda en la pieza, se suman los ocho en que escribió en otro suplemento también todos los domingos—, por otro los artículos se corresponden al periodo más duro y difícil de la crisis económica que padece nuestro país. Marías, como intelectual comprometido que es, trata una y otra vez en sus columnas los asuntos que más preocupación suscitan, casi sin desfallecer aunque en alguna ocasión hable de su impresión de «clamar en el desierto» ante los políticos y los poderosos que con sus hechos y omisiones suscitan la natural indignación de la gente

corriente, impotente como el propio Javier Marías frente a sus muchos desmanes, que nuestro autor denuncia con ardor, sólidas argumentaciones y afán de justicia; con frecuencia sin hacerse ilusiones de que sus diatribas vayan a cambiar nada pero siempre con la noble actitud de «que por mí no quede».

No todas las semanas Marías aborda en sus artículos temas políticos y sociales. Con la ironía que le caracteriza y salpicados de bromas, el autor se ocupa también en ellos de asuntos tan dispares como lo dañino de lo políticamente correcto, sus objeciones a las nuevas normas de la *Ortografía* de la Real Academia Española (de la que, no lo olvidemos, él mismo es miembro), el recuerdo cariñoso al morir su tío el músico Odón Alonso, lo que supone ser zurdo en un mundo mayoritario de diestros, el fútbol y su cada día menos amado Real Madrid por culpa de Mourinho, el caso de Dominique Strauss-Kahn, los premios literarios, la odisea de poder adquirir una máquina de escribir en estos tiempos de ordenador, sus peripecias en una librería de Viena, libros, películas y series de televisión, la carta de un lector que lo conmovió hasta el punto de dedicarle una pieza entera («El senyor Martí i el seu pare»), los héroes de los tebeos de su infancia... Aunque sin duda, si tenemos en cuenta la grave crisis en la que estamos inmersos y conociendo el ya mencionado compromiso del autor, el lector habitual de Javier Marías advertirá que en estos *Tiempos ridículos*, en comparación con las recopilaciones anteriores de sus columnas, predomina de forma notoria la inevitable inquietud por el estado actual de las cosas en lo político y en lo social.

Isabel monta a Fernando

Con razón me considerarán un pesado, pero siempre aduciré en mi descargo la vieja excusa infantil: «Yo no he empezado». Si la realidad es insistente y pelma, además de con frecuencia imbécil, hay que salirle al paso una y otra vez, porque los que la manipulan son tan tenaces —parece que les sobre el tiempo, o que lo dediquen todo a una sola causa— que, en cuanto nos cansemos quienes les contestamos y dejemos de hacerlo, aquéllos impondrán sus memes como una apisonadora. Leo en una columna de mi colega Pérez-Reverte que la Junta de Andalucía, a través de sus consejerías de Medio Ambiente, Presidencia, Igualdad y Hacienda —cuatro, nada menos, han de estar bien ociosas—, publica una guía de 71 páginas para propiciar «el conocimiento de la perspectiva ecofeminista y potenciar el lenguaje periodístico desde una perspectiva de género medioambiental». Al redactor o redactora de semejante galimatías habría que enviarlo de vuelta a la escuela, o, mejor, deportarlo. Bueno, ya pueden imaginar de qué va la guía, apenas distinta de las directrices que hace unos años soltó Comisiones Obreras y de las que proliferan aquí y allá: que no se diga «los alumnos» sino «el alumnado», ni «actor» sino «persona que actúa», ni siquiera «futbolistas», que termina en «as», sino «quienes juegan al fútbol». Ya lo saben los periodistas deportivos: en aras de las perspectivas «ecofeminista» y «de género medioambiental», nada de escribir «Los futbolistas del Barça», sino siempre, y machaconamente, «quienes juegan al fútbol del Barça». Amenas crónicas íbamos a leer.

Pero lo mejor ya lo señalaba Pérez-Reverte (no me parece justo que no se enteren los lectores de *El País Semanal*). A partir de ahora, a la «infancia» andaluza se le escamotea-

rá la famosa frase atribuida a la madre de Boabdil al perder éste Granada en 1492, ya se acuerdan: «No llores como mujer lo que no supiste defender como hombre». Aquella madre era una machista del copón, y no la disculpan ni la época en que vivió ni que por entonces las mujeres no guerrearan —salvo excepción— ni nada de nada. Así que se censura lo que la leyenda o la poesía popular dicen que dijo, y se sustituye por la siguiente frase, sosa e inexacta a más no poder: «No llores, pues no tienes motivos para ello». Hombre, motivos no le faltaban, acababa de perder su reino y lo habían largado al exilio, y con él a muchos de sus súbditos. Nada, la guía ni siquiera se ha preocupado de buscar un equivalente más sonoro y lucido: podían haber suprimido lo del hombre y la mujer y haberlo dejado al menos en «No llores ahora lo que no supiste defender». No sé, lo de «defender» algo les debe de haber resultado sospechoso a las cuatro consejerías, quizá poco medioambiental.

Si la cosa se limitara a Andalucía... No, señor, en las mismas fechas nos enteramos de que un editor estadounidense ha decidido reeditar *Huckleberry Finn*, de Mark Twain, sustituyendo la palabra despectiva «*nigger*», que los personajes del siglo XIX emplean, por «esclavo», y la más bien humorística «*injun*» (transcripción de una determinada pronunciación de «*indian*») por no sé bien qué, seguramente por «americano nativo», que es como ahora exige el espíritu censor que se denomine a comanches, siux, cheyenes y demás. Lo peor de todas estas iniciativas no es su ridiculez intrínseca, sino el ánimo que subyace a ellas, y que no es otro que el de mentir, falsear, ocultar, tergiversar, adulterar y censurar el pasado, la historia y la literatura. Ya que el pasado no fue como debería haber sido ni como el presente que aspiramos a instaurar, vamos a falsificarlo sin más. Tiene gracia que alguien como Tarantino, en sus *Malditos bastardos*, se invente el ametrallamiento de Hitler a manos de un comando judío: es una ficción y todo el mundo sabe —o eso creo, aún— que las cosas no sucedieron así, que Hitler

duró más de la cuenta y que le dio tiempo a exterminar a seis millones de judíos sin que ninguno de ellos pudiera soñar ni con tocarle un pelo. Pero si en los colegios se enseñara en serio lo que cuenta Tarantino en su farsa, supongo —supongo— que la gente pondría el grito en el cielo. Pues eso es, nada menos, lo que pretenden la Junta andaluza y el reciente editor de Twain, sin que se les mueva un músculo; es más, orgullosos de su falseamiento. El espíritu es el mismo de Stalin, quien, como es sabido, hacía eliminar de las fotos a los antiguos camaradas según iban cayendo en desgracia, y junto a él era raro que no se cayera en desgracia —es decir, se fuera a Siberia o al paredón— antes o después. «No me gusta que se me vea con quien fue leal amigo pero ahora es un traidor», pensaría Stalin; «alteremos el pasado, hagamos que el traidor nunca fuera otra cosa». De la misma manera, estos nuevos puritanos inquisitoriales son capaces de reescribir la historia y la literatura enteras: «No nos gusta que Lady Macbeth, una mujer, instigara a su marido a asesinar. Vamos a convertirla en la que intentó disuadir al muy criminal». «Lo de la evolución de las especies va contra la religión. Vamos a decir que Darwin es una leyenda urbana, que jamás existió.» «Es intolerable que Don Quijote tuviera escudero, menudo clasismo. Convertamos a Sancho en otro hidalgo, para que se traten de igual a igual.» «Y eso de “Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando”, nada, ni hablar, no es igualitario porque todos sabemos que la lista era ella y hay discriminación a favor del varón. A partir de ahora, “Isabel monta a Fernando”, que es mucho más ecofeminista y de género medioambiental.»

13-II-11

El Compasivo y las italianas

Hacía veinte meses que no iba a Italia, ahora he pasado seis días repartidos entre Udine, Milán y Venecia; y aunque la gente allí sigue siendo en general grata y simpática —sin el desabrimiento y la mala leche que nos gastamos en España, como si la amabilidad y la buena fe nos parecieran debilidades—, nunca había percibido, en mis visitas a ese país, un grado de desesperación semejante. Ciertamente que uno trata con personas que, para empezar, leen libros, y que por lo tanto pertenecen a una minoría. Pero cuantas me han hablado —incluidos numerosos periodistas, algunos de medios berlusconianos— oscilaban entre el desistimiento ante la actual situación política («Lo peor es que no se ve salida») y una exasperación que afectaba a su razonamiento («No es descartable una guerra civil a medio plazo»). Cuando uno les preguntaba cómo era posible que sus conciudadanos no reaccionaran ante lo que ya es, a todas luces, una dictadura cada vez menos encubierta, no sabían responder, ellas mismas no acertaban a explicárselo.

En lo que sí se ponían de acuerdo era en considerar que Berlusconi posee un talento empresarial y propagandístico extraordinario, y que ya no cabe menospreciarlo ni como adversario ni como amenaza real y seria. En que, a través de sus televisiones y periódicos, de sus sobornos y escándalos, ha conseguido «anestesiarse» a buena parte de la población. Ha logrado convertirse en un espectáculo en sí mismo, en una permanente fuente de entretenimiento de la que ya no quieren prescindir los italianos que se alimentan de *reality shows* y de sucesos sexuales. Tengo la impresión de que, cuantas más patéticas orgías seniles se le descubran, cuantos más episodios grotescos indignos hasta de las más bufas películas de Sordi, Gassman o Tognazzi, más

beneficiado saldrá Berlusconi, porque los italianos no son puritanos y perdonan esas cosas —o las ríen y jalean, incluso si hay menores involucradas—, y porque además distraen de lo verdaderamente grave. Un chófer de edad avanzada, que me llevó de Venecia a Milán y vuelta (y que además resultó ser lector de Wittgenstein y de Bertrand Russell), defendió el comportamiento de su Primer Ministro con esta escueta frase: «Bueno, pero es que las jóvenes levantan el espíritu». También he visto en televisión cómo una señora de las que allí llaman «*per bene*», bien vestida, católica y aparentemente educada, sostenía con aplomo que no le cabía duda de que Berlusconi se limitaba a ayudar a muchachas con problemas porque era un hombre compasivo y bueno, sin que le llamara la atención que todas esas muchachas, casualmente, sean agraciadísimas cuando no directamente explosivas. Aún he de ver a alguna «beneficiada» por el Compasivo que sea fea, desastrada o mayor de treinta y cinco años, porque estoy seguro de que habrá muchísimas así que necesiten tanta ayuda o más que las jóvenes bien parecidas. Alguna de éstas, por ejemplo, cuenta con un novio más o menos narcotraficante, gente por lo general adinerada.

La inteligente periodista Concita de Gregorio, directora de *L'Unità*, me decía que en estos momentos, si había una salvación para Italia, habría de venir de las mujeres, o de una parte de ellas: son las únicas no anestesiadas y que conservan intacta su capacidad de indignación, y en estos días así lo he comprobado, en una limitada experiencia, desde luego. Pero lo cierto es que no he sentido en casi ningún varón la vehemencia, la cólera justa y la rebeldía que desprendían todas las mujeres con las que he hablado. Lo interesante es que ese asco y ese hartazgo de Berlusconi y de su aliado Bossi —también de la inoperante y sospechosa izquierda paquidérmica, que no parece del todo incómoda ante una situación de cuasi dictadura ultraderechista— no se debían sólo a una cuestión vagamente feminista, esto es, al desprecio de los gobernantes hacia la mujer y al machismo primitivo y ufano de que hacen gala. No,

las italianas no pierden de vista lo verdaderamente anómalo y peligroso: la confección de las leyes a conveniencia del Compasivo, para que no deba ser enjuiciado ni condenado; los constantes ataques de éste a la independencia judicial, con calumnias a los fiscales que lo investigan, bien amplificadas por su monopolio mediático; su propensión a saltarse las decisiones del Parlamento que lo contrarían (pocas) y a hacer decretos; su indisimulada compra de votos en ese mismo Parlamento, cuyas actividades decide suspender durante unas semanas para no exponerse a un revés previsto; su demagogia burda y frenética; su impunidad; la connivencia de la Iglesia; su increíble desfachatez al presentarse como una víctima perseguida (el opresor que se finge oprimido); su censura; su tergiversación sistemática de la realidad; su racismo y su homofobia; su reivindicación de la brutalidad —en lo que Bossi no le va a la zaga—, es decir, su desdén por algo que no es agradable —la hipocresía— pero que siempre es mejor que el cinismo. Como escribí hace años y también opina Claudio Magris, la hipocresía, dentro de todo, implica una conciencia de lo que está mal y debe disimularse; es algo civilizado y supone el reconocimiento de ciertos valores, aunque se los violente a hurtadillas. El cinismo, en cambio, ni siquiera admite esto, es la expresión de la brutalidad en estado puro. Lo que Berlusconi y Bossi vienen a decir es: «No hay nada malo en una dictadura *de facto*, ni en el machismo, ni en el racismo, ni en la acaparamiento de poderes y el fin de su separación, ni en la xenofobia, ni en el desprecio a las leyes y al Parlamento. Sean como nosotros, atrévase, no hay nada malo en ello». Huelga recordar cuál es el mayor ejemplo histórico de reivindicación de esa brutalidad y voluntario «fuera máscaras». Sí, me lo han quitado de la punta de la lengua.

20-II-11

La plaga de la impunidad

Acabo de terminar una nueva novela, titulada *Los enamoramientos*, después de haber creído que no escribiría ninguna más tras las mil seiscientas páginas, en tres volúmenes, de la anterior, *Tu rostro mañana*. Durante los más de dos años que me ha ocupado esta nueva obra —siempre con muchas interrupciones externas, como sucede hoy en día a casi todos los novelistas—, he tenido la insistente impresión de que se trataba de un libro particularmente pesimista y sombrío, aunque no carezca de alguna breve escena humorística. Ahora, al leerla entera por primera vez para efectuar la revisión final, he observado con más claridad que el pesimismo no venía sólo dado por el asunto de su título: las cosas mezquinas que —además de las más nobles y desinteresadas, claro está— son capaces de llevar a cabo las personas enamoradas, y que, precisamente por estar dictadas por un sentimiento casi universalmente considerado deseable y positivo, «mejorador», incluso salvífico y «redentor», suelen encontrar fácil justificación, tanto para quien las comete como para quien asiste a ellas, a veces hasta para quien las padece. «Es que lo quería tanto», se dice comprensivamente. «Es que ha sufrido mucho por amor», se disculpa a menudo a quienes incurren en actos viles o imperdonables. Si no en un salvoconducto, el estado de enamoramiento se convierte con frecuencia en la mayor atenuante imaginable, aunque ese estado lleve a personas bondadosas a comportarse en ocasiones como malvadas; a personas generosas a ser ruines; a personas compasivas a ser despiadadas; a personas normales a actuar como criminales.

Pero, como he dicho, creo que el carácter más sombrío de esta novela que aún no sé ver con una mínima distancia